

LA DESCLERICALIZACIÓN DEL MUNDO

TODAVIA tenemos reminiscencias de la Inquisición —aunque parezca incongruente— en nuestro mundo civilizado. Toda confusión entre lo civil y lo eclesiástico es expresión anacrónica de ello, como vemos todavía en unos pocos países de Europa y América por las reacciones en contra de la libertad religiosa de algunos católicos.

El día que el Papa Gregorio IX se decidió en el siglo XIII a organizar la persecución de los herejes, comenzó la Inquisición. Y fue en aquella época, cuando el Concilio de Letrán decidió también que los herejes serían entregados al poder civil para su castigo.

Con las Cruzadas medievales también lo religioso era introducido a punta de lanza; y sus efectos negativos todavía perduran en Grecia entre los niños estudiantes, que en su historia pueden leer las violencias, coacciones y excesos que los «cruzados» cometieron contra los pacíficos cristianos orientales que —con toda razón— no querían seguir la estructura latina de la religión, que les imponían por la fuerza los **caballeros** de la Europa católica.

La postura «anti», reprobada por el Evangelio, había calado —como hoy todavía vemos— en muchos cristianos que lo son de nombre, más que de realidad. Apenas sabíamos ser, hasta hace poco, más que «anti». Pero aquella época medieval —y todas sus reminiscencias— tan alabadas por los católicos hace sólo treinta y cinco años, hoy la vemos como bien poco cristiana, a pesar del nombre que llevaba.

Lo que era costumbre en aquellos siglos de **crístiandad**, hoy ha sido superado en gran parte: lo más que queda son reliquias. ¿Por qué? Porque la Edad Moderna —y sobre todo la Contemporánea— inauguró una nueva postura ante el mundo.

La implicación entre poder civil y poder eclesiástico empezó a desaparecer, y la sociedad humana empezó a adquirir su propia consistencia, gracias a la madurez de pensadores independientes como el teólogo católico Erasmo, el moralista anticlerical Voltaire, el filósofo sin prejuicios Kant, o el educador laico Rousseau. Hoy empezamos los católicos a descubrir no sólo los aspectos negativos de estos pensadores, sino también sus valores positivos en pro de una desclericalización del mundo.

Algunos —cada vez menos por suerte— tienen, sin embargo, una especie de añoranza de aquellos tiempos: querían conservar especiales privilegios para la Iglesia católica; acuciar a los gobernantes para que le den un trato de favor y protección; que se dicten leyes que —calcadas de los preceptos, por otro lado anticuados, del derecho de la Iglesia— resguarden el cumplimiento religioso y moral. Pero es Rahner, el teólogo prudente, y no un superficial demagogo, quien pide «a los cristianos de hoy que acepten tranquilamente el desarrollo inaudito que ha adquirido en nuestros días la vida profana» (Ch. Muller y H. Vorgrimler).

«Soñar —dice textualmente Rahner— con un mundo donde —como ocurría todavía en el siglo XVIII— el 90 por ciento de los libros trataban de cosas religiosas, sería pretender ahora una Humanidad que casi toda ella fuese iletrada o que ya no quisiera leer nada».

Porque la superficialidad de muchas ideas que germinaban en esos libros indigestos y sin realismo, parte de los cuales todavía sirvieron para nuestra desviada formación católica, impidió y seguiría impidiendo un desarrollo maduro del hombre.

Gracias a haberse despegado la cultura humana de esas ataduras clericales —separadas del mundo— que la tenían atena-

Por **ENRIQUE MIRET MAGDALENA**

zada, y dominada en buena parte, es por lo que hoy podemos decir con toda verdad que nuestra **era** cultural ha comenzado su **aduldez**.

LA religión no se fomenta, por supuesto, hablando con palabras abstractas o melosas, de una imagen falsa que esos libros presentaban de Dios o de nuestra relación con El. Adquirimos una conciencia más aguda de su profunda realidad a través del misterio de la existencia humana del hombre real, que nos descubren estos profundos libros profanos, al ahondar sobre esa existencia del ser humano de nuestros días, con sus anhelos de superación por un lado y con sus inquietudes, angustias y problemas por otro.

Si medito sobre muchas de las afirmaciones de Simone de Beauvoir en sus libros de ensayo: «El pensamiento político de la derecha», o en «El existencialismo y la sabiduría popular»; o en su obra teatral «Las bocas inútiles», veo más valores profundos en ellas, aunque no acepte beatamente y sin crítica todas sus afirmaciones, que en tantas y tantas obras moralizantes que todavía invaden nuestros escaparates.

En lo profundo todos nos encontramos. Porque los cristianos sabemos que Dios alienta en lo hondo de todo corazón sincero, aunque no quiera ni sepa expresarlo con las palabras que emplean nuestros libros religiosos.

Por el mundo hay muchos cristianos anónimos, que son más cristianos que algunos de los que llevan la insignia de serlo oficialmente. Todavía está en vigor lo que decía hace quince siglos S. Agustín: «¡Cuántos extraños parece que están dentro; y cuántos de los nuestros parece que están fuera hoy!».

EL cristianismo ya no puede tener ninguna pretensión de atezar ni dominar la cultura, como si fuese una posesión suya en exclusiva.

La cultura es autónoma: la literatura, el arte, la ciencia, la historia y la educación no están atadas nada más que a sus propias finalidades, a sus propios principios y a su propio método. La religión no puede influir en ellas directamente; sino nada más que respetándolas totalmente. Si vale la paradoja diría que el cristianismo influye en el mundo cuando no pretende influir en él; cuando depone toda actitud paternal y autoritaria y deja a los hombres, en un rasgo de total confianza, que lo construyan con arreglo a su conciencia y reflexión, a su estudio y libre investigación, sin querer imponerse nunca desde fuera a su tarea.

«Todos los intentos de construir una ciencia o una política o cultura cristiana o eclesiástica, partiendo directamente de la fe, o dejándose determinar por la autoridad eclesiástica —dice el teólogo E. Przywara, S. J.— están en contradicción con las definiciones de la Iglesia misma». De tal manera que «el ideal de una cultura y de una sociedad meramente laicas, que se va imponiendo en nuestra época actual, ha sido aprobado por la autoridad infalible del Vaticano II».

«Según la verdadera doctrina de la Iglesia, hay campo libre para cualquier forma de gobierno, por nueva y sorprendente que sea, con tal de que su fondo sea realmente político, y para el servicio de la nación». Y lo que es más importante —según este profundo pensador católico— si somos con-

SIGUE

Si piensa que poder elegir es importante
SI SABE VIVIR



hay un **ZANUSSI** en su vida



15.900 pts. P.V.P. total



18.220 pts. P.V.P. total

"Si piensa que poder elegir es importante" no hemos trabajado en vano. Pensando en ella, en sus necesidades, hemos descubierto que, tal vez una sola lavadora superautomática no era suficiente, que era necesario, para el público, poder disponer de una gama completa. Con la "SPECIAL-52" creamos haber resuelto este problema. Ahora están a su disposición dos grandes lavadoras superautomáticas ZANUSSI: la ya conocida "T-5" y la nueva de ilimitadas prestaciones- "SPECIAL-52".

Las lavadoras ZANUSSI comprenden una gama de modelos para cada exigencia al precio más competitivo Son todas superautomáticas Están dotadas de programador para la selección automática del ciclo de lavado adecuado a cada tipo de tejido y suciedad toma automática del detergente cuba de esmalte vitrificado tambor de acero inoxidable filtro anterior suspensión flotante. No son palabras, son una garantía; por ella responde nuestra industria con su seriedad.

ZANUSSI una garantía que vale

cocinas

frigoríficos

lavadoras automáticas

LA DESCLERICALIZACION DEL MUNDO

secuentes tendremos que concluir que «ni siquiera en un Estado abiertamente anti-cristiano queda restringida la autonomía soberana y plena que el Estado tiene en todo lo que se refiere a las cosas humanas... Y un gobierno así no puede ser combatido ni derribado por motivos cristianos, sino por razones de índole realmente política, y por los vías y procedimientos políticos».

VARIAS veces he llamado la atención sobre el clericalismo; ese afán unas veces patente y otras sutil, de dominar desde la esfera eclesiástica el mundo de los hombres y de las cosas, en su quehacer cotidiano.

Actualmente —hay que reconocerlo noblemente—, lo mismo seglares que clérigos cada vez quieren liberarse más y mejor de esa tentación. Pero todavía quedan algunos que no acaban de soltar las amarras con que quisieran tenernos atados a los hombres corrientes —que no tenemos cargo alguno eclesiástico—, y a las cosas de este mundo que nosotros debemos desarrollar.

Quizá hoy ya no sea fácil, para los cuadros eclesiásticos, querer seguir teniendo una primacía de influencia y dirección respecto a la cultura del siglo XX; pero inconscientemente algunos parece que se inclinan ahora hacia una modernidad y un avance en lo social, lo político o lo filosófico, con el fin de seguir venerándonos nosotros a ellos como a primeras figuras, y tenerlos —a estos representantes del mundo clerical— como mentores de nuestro pensamiento y de nuestra acción en el mundo.

Esto es precisamente lo que no es posible aceptar por más tiempo: ni su inteligencia, ni su erudición, ni su talento, ni su personalidad, pueden ser —en estos eclesiásticos—, de ahora en adelante, instrumento de dominio o de poder sobre las cosas que son autónomas por sí mismas. El católico las usa y las desarrolla por su valor mismo, y no porque alguien —en función de mago de aldea— le diga desde fuera de su razón, o de su convicción personal, lo que debe pensar o hacer acerca de las cosas de este mundo.

Ni siquiera podríamos seguir hablando —como lo hacíamos hace poco tiempo todavía— de que la esfera eclesiástica tiene una especial autonomía en las cosas profanas que usa, respecto a los que dirigen el mundo. Los bienes eclesiásticos tienen el deber de acoplarse —como pensaba el cardenal Cayetano en el siglo XVI— a las leyes generales de la sociedad civil. Sus propiedades no puede desarrollarlas indefinidamente, como si fuesen un coto sagrado totalmente intangible. Todo lo temporal (riqueza o cultura) —aunque esté en posesión de la Iglesia— está ordenado a un bien general del país y del mundo, que no puede olvidar ninguna institución religiosa o civil. Buena parte de los males que existían en la Iglesia, en tiempo de la Reforma protestante, provenían de la riqueza de los dirigentes católicos —obispos y clérigos— que con fundaciones pías, donativos y herencias se habían ido enriqueciendo injustamente a través de los siglos, para escándalo de los hombres justos de todos los tiempos. Por ejemplo, el 75 por ciento de los bienes de Worms —donde Lutero hizo firmes sus protestas— pertenecían a las autoridades eclesiásticas.

Ni siquiera las personas eclesiásticas —afirmaban nuestros teólogos del siglo XVI— están totalmente exentas de las leyes civiles; ni por derecho divino ni por derecho humano. Y mucho menos lo están sus propiedades. Por eso, cuando existen estos privilegios y hay en ellos un manifiesto abuso, Domingo de Soto, O. P., el profesor de Salamanca, decía que el gobernante se podía oponer a ellos.

Así eran nuestros siglos clásicos: bastante más claros y tajantes que algunos hombres católicos de hoy en el deseo de desclericalizar el mundo.

E. M. M.

¡Y AHORA EN MADRID!

¡LA COMEDIA EXISTENCIALISTA... QUE ALEGRARA SU EXISTENCIA!

filmax
PRESENTA

WARREN BEATTY LESLIE CARON



KEENAN WYMAN / HERMIONE GINGOLD / LIONEL STANDER / ASA MAYNOR / CATHLEEN NESSBIT
Bob Cummings

PRODUCTOR
STANLEY RUBIN

DIRECTOR
ARTHUR HILLER

ARGUMENTO Y GUIÓN
WILLIAM PETER BLATTY

DE UNA HISTORIA DE
ARNE SULTAN Y MARVIN WORTH